

EL VAGAMUNDO

Qué bellas costas, grandes corolas anaranjadas, arrecifes como roñosas navajas de afeitar, cedros reeondos ostentosos. Partió al amanecer, cuando la brisa silbaba en el bauprés y las olas murmuraban unas de otras y un albatros chilló bajo el peso del cielo.

Le atrajo el Mar Amarillo, dibujó sus litorales y rozó sus islas, salió al Mar del Japón y adentró sus puertos y ensenadas, pasando luego al mar de Ojotsk por un viraje imprevisto de los vientos.

Cuando entró en Hiroshima comenzaba a clarear. Los altos edificios del centro de la ciudad se ladeaban imperceptiblemente en el pálido papel celeste.

Aquí de Elio Adriano,
de Teodosio divino,
de Silio peregrino
rodaron de marfil y oro las cunas

Ningún vestigio resta de aquello, apenas unas ruinas bien

...

atendidas. Mas todavía algunos seguirán muriendo, se engendrarán otros con el terrible estigma.

El mar traslada sus tiendas, esplende este mediodía como el espejo con que juega un niño, una página del atlas se agita un instante en la rodilla del vagamundo.

